

La habitación del poeta

La habitación del poeta/ Ezequiel Canero
–1ª ed. Buenos Aires, 2014–

ISBN 978-987-1586-45-5

© Ezequiel Canero

© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522

(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar

huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara

Diseño de la colección: Nat Filippini

Diseño de tapa: Pedro José Giraldo

Fotografías de tapa: © Graciela Prieto

www.gracielaprieto.com

Maquetación: Maurice Brosandi

Corrección: Laura Gómez Palma

Fotografía del autor: © Ezequiel Mazariegos

Hecho el depósito que indica la ley 11.723

Impreso en Argentina

EZEQUIEL CANERO
La habitación del poeta

PRÓLOGO

Durante el verano de 2010, yo estaba trabajando solo, en una habitación sin ventanas en Chapel Hill, Carolina del Norte (Estados Unidos), cuando “conoci” a mi actual amigo, Ezequiel. Lo conocí a través de su poesía, de su primer libro *Campo atravesado*. Yo estaba allí, trabajando en una biblioteca universitaria, y su libro era el siguiente en mi lista de archivos. Leí el libro durante mis descansos y luego lo contacté a través de su blog. Desde entonces una amistad comenzó a florecer.

Campo atravesado reside ahora en el séptimo piso de la Biblioteca del Congreso, bajo la nominación PQ7798.413.A359.C36.2009. Ahora yo resido en Washington D.C., y estoy escribiendo esto en un café repleto de gente en el barrio de Columbia Heights. Actualmente, la vida es un poco diferente: cuando descubrí a Ezequiel yo estaba solo, y en este momento mientras escribo sobre él, estoy rodeado de extraños (¿seguiré solo?). Acabo de leer su nuevo libro, *La habitación del poeta*, por lo menos por quinta vez, y a pesar de que Ezequiel y yo todavía no nos hemos encontrado nunca personalmente, creo que lo conozco: su poesía es él.

Acaso escribir no sea otra cosa que una forma de adueñarse del lenguaje. Pero ¿es lo mismo escribir mientras se observa el mundo, que escribir sobre el mundo? ¿Vivimos en un mito, creándolo mientras creamos? Éstas son algunas de las preguntas que este magnífico y breve libro intenta responder: contiene poemas cortos, aunque poderosos; son diminutos cohetes de pensamiento, sobre el mundo y sobre nuestra relación con él.

Me crié en una granja en el estado de Illinois, a unas dos horas en auto al sudoeste de Chicago. En dos o tres oportunidades descubrí una especie de cuarto secreto en el maizal que rodeaba nuestra casa, un espacio donde no había más que suciedad, cielo abierto y silencio. No lo sé con seguridad, pero una vez (yo tendría once o doce años) encontré a mi padre merodeando cerca de allí:

estaba junto al camino, hacia el extremo norte del campo. Sólo una vez lo vi, después nunca más lo pude volver a encontrar.

Estos poemas me recuerdan aquello: un lugar efímero, pequeño y privado, pero a la vez abierto e inmenso. Nos sentamos en nuestras celdas en soledad, pero hay tanto arriba y alrededor nuestro, que escribir es una de las mejores cosas que podemos hacer para comprender todo eso. *La habitación del poeta* habla sobre nuestra soledad y sobre nuestra irrealidad dentro de la realidad, y acerca de nuestros valientes intentos por darle sentido al universo. Cuando terminé de leer este libro, todo tuvo sentido, al menos por un segundo. Gracias, amigo, por mostrarnos tu universo.

Michael Scott

(Traducción de Agustina Galán)

Este libro, corregido entre 2009 y 2011 lleva como título *La habitación del poeta*. Cual fuera un reducto real y apartado; un pequeño fortín emocional elegido, especialmente, por la existencia de una ventana que en forma de claraboya, me permitió observar durante el transcurso del día y de la noche los movimientos del aire y de los árboles, los colores del cielo y muchos de los sonidos del mundo, algunos de ellos, casi imperceptibles al oído atareado. Tuve entre otros compañeros de celda, uno muy particular, un pequeño picaflor que a determinada hora de la tarde revoloteaba entre las rejas de mi ventana nutriéndose de los néctares de una flor amarilla, cuyo nombre jamás recordaré. El proceso fue personalmente revelador aunque los demás habitantes de la casa y sus visitantes, tuvieron que padecer las soledades comunes –que nos llevan, indefectiblemente, a indagar sobre nuestra propia soledad–. A ellos y sobre todo a Loreley, amor indispensable, están dedicados estos poemas.

E.C.

LA HABITACIÓN DEL POETA

La memoria con su infalible fognazo
desecha o restringe de los saberes, con distancia
o nitidez, la improbable infancia que tuve.
Intensa libido que selecciona a su antojo
una parte de la historia, y la salva.

Recuerdo: el niño que fui el estudiante veleidoso
el idiota legista, pero adopto al jardinero
quien iba exterminando todo aquello que se le anteponía,
caracoles patituertos, topos grises con piernas de langosta.
Cada uno de ellos ha cumplido con su deber.
Un eco, lejano, pareciera ahora sucumbir
frente a los distintos personajes de mi vida.

Este lugar tiene los elementos necesarios
para la supervivencia, lámparas, libros
un cuaderno de notas. Como un forastero
a través de una claraboya puedo distinguir
un horizonte en plena construcción,
una zona vacía y experimental; aquí pierdo el tiempo
le gano a la vida –aunque “todavía” no es ganar– Creo
que ya no puedo pertenecer a otro sitio,
se han apropiado de mi casa los dueños del jardín.

Los pájaros parecieran hablar en clave.
Imagino que están criticando mi larga estadía
y eso me hace sentir lejos de casa.
Suenan como si estuvieran gorjeando dentro de mí.
Socios de los árboles en donde se esconden
parecen haberse puesto de acuerdo para echarme de acá.

El disco aunque rayado por la manía
es inconfundible. Sopla desde alguna profundidad
como si lanzara oboes y taladros, disimula
el trinar de los pájaros cortándoles el aliento.
Pienso en la música que debería olvidar,
de tan certera que es pareciera
revelar algo de lo que fui, a éste que no soy.